

# Imágenes de la otra orilla

Una invitación del Instituto de Estudios Cubanos a participar en su sesión anual en Miami con una conferencia y una vieja deuda que tenía con Tampa, me brindaron la oportunidad de visitar una vez más algunos lugares del estado de la Florida, en el que habita actualmente una buena parte de nuestro pueblo, movido fuera de la Isla sea por razones económicas, sea por las políticas o por las ataduras familiares (aunque en nuestro caso las tres motivaciones se imbrican inextricablemente); el mismo que recorrió José Martí en la preparación de la Guerra de Independencia y en el que antaño encontraron hogar de exiliados nuestros mayores del siglo XIX; en el que, más distante en la Historia, recibió su primera educación el Padre Félix Varela y al que vino a morir, lo más cerca posible de La Habana que le vio nacer.

Debo decir -mis amigos lo saben- que Miami, como ciudad «física», no me gusta; es chata y monótona. Tampoco me gustan las agresividades de algunos de nuestros compatriotas, extremistas y violentos, que no han aprendido todavía a discrepar conversando, a discutir opiniones diversas sin satanizar la carencia de identificaciones en los puntos de vista contemplados. Lamentablemente, muchos entre ellos son muy activos en lo que a medios de comunicación social se trata y ocultan a la mayoría silenciosa; al cubano bueno y cordial de siempre, tolerante y capaz de sazonar la falta de convergencia con el afecto fraterno, con la amistad inalterada. Esa mayoría, en la que puedo descubrir la «genial moderación» que José Martí atribuía a los cubanos de buena sangre, sí me gusta y de ella forman parte mis familiares y amigos, con los que siempre es un placer compartir.

De esa estirpe de cubanos eran los participantes en la sesión anual del Instituto de Estudios Cubanos; en su mayoría se trataba de residentes en Miami, pero los había de otras ciudades de Estados Unidos, de Puerto Rico, de Colombia, de Chile, etc. Fueron más que benevolentes con mi demasiado extensa conferencia: «Los enigmas de Turandot, la Iglesia y Cuba la única». La reunión tuvo un elevado nivel académico y se mantuvo todo el tiempo el clima de respeto recíproco, de interés, de escucha. Lo cual no quiere decir que no se presentaran discrepancias; las posturas, en ocasiones, se expusieron con una cierta pasión criolla, pero la sangre nunca llegó al río y el espíritu congregante de la nacionalidad prevaleció sobre cualquier otra pasión. Percibí, durante todo el encuentro, el amor *Patriae* como *filium* que nos entrelazaba a todos los que disciplinadamente nos encontrábamos -mañana, tarde y noche- en el salón de reuniones del acogedor Hotel Sophitel.

Como suele suceder en eventos de esta índole, tanto o más interesantes que las sesiones de trabajo común me resultaron las conversaciones de pasillo o de restaurante acerca de todo lo humano y -¿por qué no? - divino que somos capaces de excogitar las personas de pensamiento inquieto y explorador. En el encuentro del Instituto abundaba este talante, del que me confieso simpatizante. María Cristina Herrera, Secretaria Ejecutiva del Instituto, afirma que, ese es precisamente el mío y por ello me califica de «maverick», i. e., miembro del rebaño que no se separa del mismo pero que no tiene el «sello» propio de ese rebaño; que no camina siempre con el resto del ganado, pero que no se desvincula de la manada; camina por otros senderos y a otro ritmo, pero en la misma dirección que el resto de la manada. Por extensión, el término se aplica a los humanos pertenecientes a un grupo (cultural, político, religioso, etc.) con el cual se identifican sin dejar de tener una cierta independencia de criterio y de manifestarla con confianza, sin ocultamientos o simulaciones y, al mismo tiempo, con lealtad y sin rupturas; van en la misma dirección del grupo, aunque ensayan otros ritmos de andadura y diversos senderos. No sé si María Cristina tiene razón.

No visitaba Key West, St. Augustine, Tampa y St. Petersburg desde 1952. Los dos primeros sitios mencionados han sido restaurados; las construcciones son las mismas, todo es reconocible (en St. Augustine me di el «lujo» de orientar al amigo que conducía el automóvil hacia el centro viejo de la ciudad) y todo es distinto, pues la atmósfera de esos lugares ha cambiado radicalmente. Los conocí como pequeñas ciudades tranquilas, habitadas por viejos jubilados; hoy son puntos focales del turismo y, muy particularmente, del turismo juvenil, aunque no dejan de verse los ancianos en aquellas antiguas casas floridaneras remozadas.

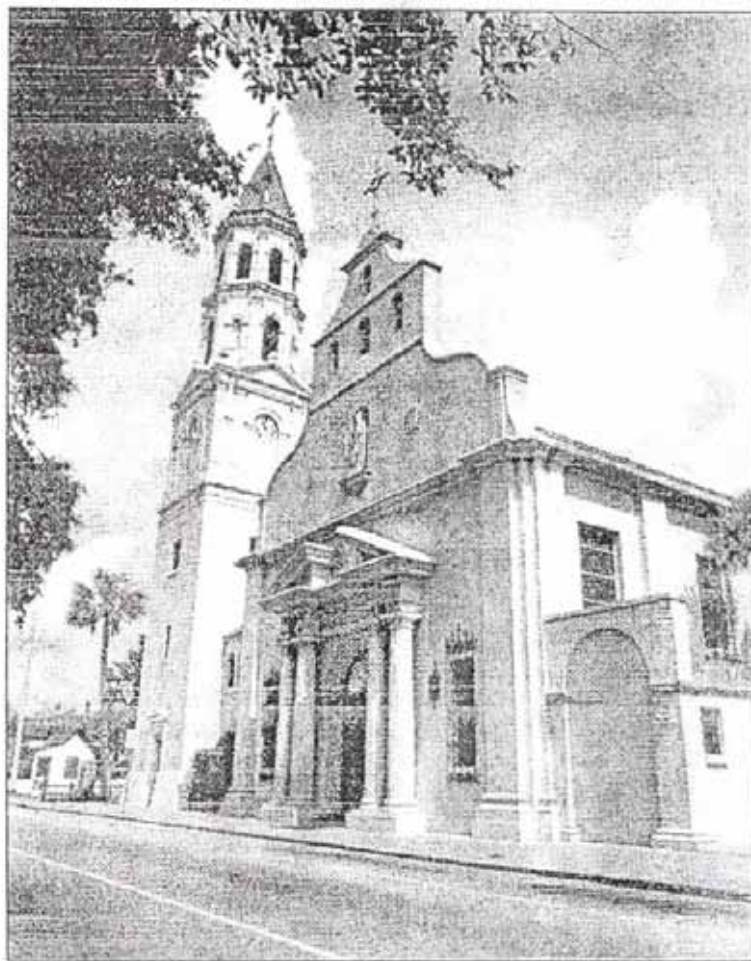
El Club San Carlos, muy especialmente vinculado con la historia de Cuba, ofrece hoy un aspecto espléndido y me dijeron que desarrolla una relativamente importante labor cultural. La exposición permanente de cuadros y de fotos es una lección visual de historia de Cuba y de Key West y de las relaciones entre ambas islas.

St. Augustine nos lleva de la mano hacia el Padre Varela: el Castillo de San Marcos, del que su abuelo fue jefe militar (razón por la que el Padre, siendo niño, fue a vivir a esa ciudad cuando quedó huérfano); la Catedral (entonces iglesia parroquial) en la que el Padre tantas veces participó en la Eucaristía (siendo niño) y en la que tantas veces la presidió y en una de cuyas habitaciones (ya derruida; era de madera) murió en 1853; el parque, testigo de sus juegos con los niños, a los que, además, deleitaba

con su inseparable violín (a pesar de la cara adusta que nos brindan las fotografías, sabemos que el Padre era juguetón, tenía muy buen humor y amaba escuchar e interpretar música); el cementerio Tolomato (nombre de la aldea india que se levantaba junto al viejo St. Augustine), ya clausurado, en el que reposaron los restos del Padre antes de ser trasladados a la urna en el Aula Magna de nuestra Universidad. La capilla funeraria ha sido restaurada; cuando yo la conocí estaba muy abandonada; ahora tiene un aspecto digno y vuelve a ser visible el escalón de ingreso (hace cuarenta años oculto por las yerbas) en el que se arrodilló José Martí, cuando peregrinó a St. Augustine para visitar precisamente la tumba del «santo cubano»; los restos del Obispo Agustín Verot, que antes estaban en la misma tumba, han sido trasladados a un sepulcro individual, enfrente de la capilla del Padre que encierra hoy -es un elemento nuevo, posterior a la restauración- una estatua del mismo.

Tampa y St. Petersburg han crecido de manera increíble y hermosa. Son dos ciudades bellas, que conservan todavía dimensiones y atmósfera humanas. El aire es sereno. Abundan las zonas verdes en las que corretean, mansas, las ardillas; el malecón de Tampa, junto a la descomunal bahía, es casi deslumbrante (no tanto como el nuestro) y nos introduce en Ybor City: hoy día es un barrio de Tampa, una zona del «downtown» llena de boutiques, discotecas, restaurantes sofisticados, etc., pero la presencia de nuestros tabaqueros del siglo XIX todavía puede percibirse. En donde se levantó la casa de los Pedroso (en la que José Martí se hospedó y escribió algunos de sus mejores discursos) hoy encontramos un pequeño parque o coto cerrado que espera un mejor monumento a Martí. Recientemente han erigido allí un busto a Antonio Maceo: ni me gusta el busto, ni me gusta que esté allí, junto a la estatua de Martí. Ignoro qué razones hubo para hacerlo, ya que Antonio Maceo no tuvo relaciones especiales con Tampa, pero pienso que se debió conservar el sitio como un recinto martiano y que, en todo caso, si se quería recordar a otros personajes de nuestra historia, el muestrario debería haber sido más variado y discreto (p.e., medallones en relieve sobre los muros); el busto actual a Maceo rompe la armonía y es de tales dimensiones que impide un «tratamiento» igualitario para con otras personalidades de nuestra historia patria pues el lugar es pequeño. (Y esto sin abundar en el tema de que no me parece que las relaciones entre Martí y Maceo estén totalmente esclarecidas por los analistas e historiadores.)

St. Petersburg nos obliga a visitar el espléndido Museo Dalí, sorprendente y excepcional colección de obras del pintor español, muy bien instaladas. Y, por supuesto, a caminar un poco más hacia adentro, llegar al Obispado y agradecer al bueno de Bob



Catedral de San Agustín, Miami Fla.

Lynch, Obispo del lugar y viejo amigo, por los gestos amables que me acompañaron durante los tres días que permanecí en su simpática Diócesis, en la que fui atendido «a cuerpo de rey» por ese anfitrión de clase que es el Padre Ramón Hernández y por otros sacerdotes y laicos del lugar. Guardaré siempre un recuerdo imborrable de la Misa concelebrada en St. Paul, de la buena acogida de los congregados allí para la Misa y para mi conferencia posterior («Significación del Padre Varela para la Iglesia y la nacionalidad, en Cuba y en Estados Unidos»). La única voz discordante, proveniente de un extraño locutor por una extraña emisora, quedó diluida y silenciada por el intenso clima fraterno que me acompañó y por el interés de la Iglesia local en nuestras cosas y, muy especialmente, en la Causa de Beatificación del Padre Varela. De hecho, además de la conferencia ya citada, me pidieron que grabara tres programas para la Radio Católica de la Diócesis: dos sobre la Iglesia en Cuba y uno sobre el Padre Varela. La prensa civil siguió también con mucha generosidad esta visita que era totalmente personal y privada, pero ¿quién puede proceder contra la curiosidad sana de un periodista bueno?

La Habana, 9 de julio de 1996